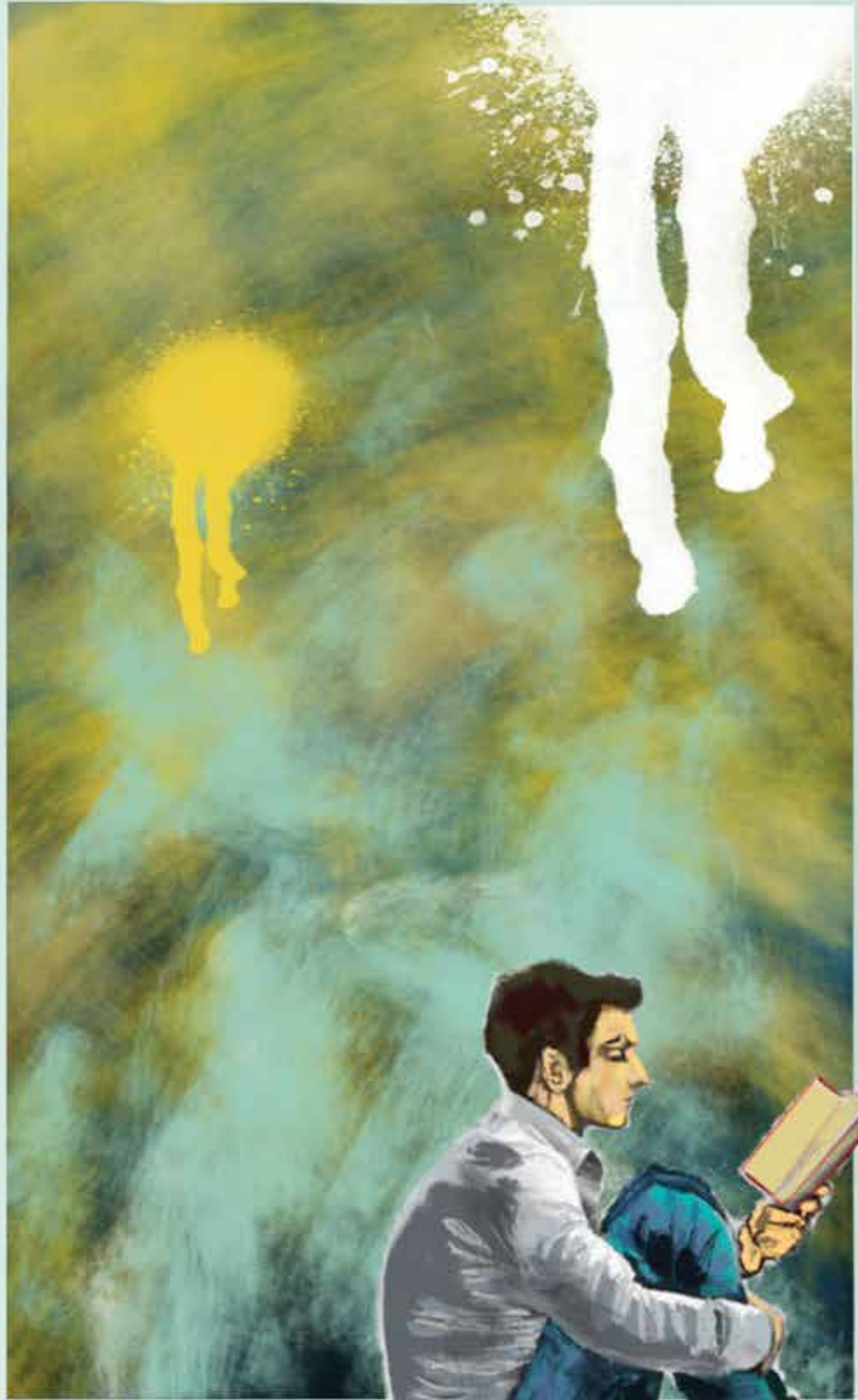




Sobre el placer de leer literatura

En este artículo se exponen tres diferentes momentos históricos del pensamiento sobre el placer de leer literatura. En primer término, se aborda uno de los planteamientos de la Antigüedad griega, a partir de las ideas de Aristóteles, quien consideraba que el deleite de leer literatura consistía en aprender. Posteriormente, se repasan las categorías estéticas de lo sublime y lo bello descritas por Edmund Burke, filósofo del siglo XVIII: la primera plantea el goce de leer literatura frente a lo que nos provoca terror; y la segunda, frente a aquello que nos causa simpatía. Finalmente, se habla del placer de leer literatura para descubrir las narraciones del sí, propuesta que se apoya en la fenomenología y en la hermenéutica de finales del siglo XX.

La palabra *literatura* no siempre ha tenido el sentido que le damos actualmente. El término proviene del latín *littĕrātūra*, que significa escritura, alfabeto, gramática o erudición. De acuerdo con esta definición, los literatos eran aquellas personas versadas en las letras o eruditos. En la Grecia antigua, para hablar de los escritos elocuentes, es decir, de aquellos que hoy llamamos literarios, se utilizó el concepto *poésis*, con el que se hacía referencia a las obras resultantes del trabajo de creación. En el siglo XVIII, la palabra *literatura* empezó a utilizarse en Europa para hablar de escritos imaginativos, entre los que se incluye: cuentos, novelas, poemas y obras dramáticas. El cambio del uso de la palabra *poésis* a la palabra *literatura* para hacer referencia a las obras de imaginación surgió en un contexto cultural en el que ocurrieron dos transformaciones importantes en las sociedades occidentales: la enseñanza de la lectura en distintos niveles sociales, precisamente en la época de la Ilustración, y la comercialización de los libros. Desde el siglo XX, la idea de literatura ha sido cuestionada por algunos críticos (Michel Foucault, Roland Barthes), quienes consideran que con esta palabra se denomina

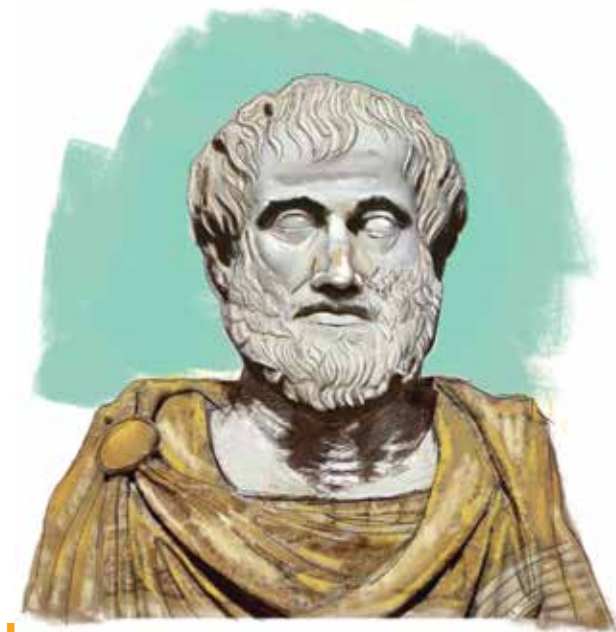




a las expresiones verbales que emplean un conjunto de figuras retóricas para ser bellas. Esta designación es falsa, según ellos, porque en toda expresión verbal hay figuras y otros recursos, no sólo en la literatura. La discusión está vigente.

Si la idea de literatura se ha modificado a lo largo de la historia, ¿cómo debemos entender la frase que conforma el título de este artículo: “El placer de leer literatura”? La respuesta no es simple, porque así como el concepto ha variado, también lo han hecho las ideas en torno a la manera en que la literatura provoca placer. Hemos decidido, por lo tanto, exponer tres explicaciones que nos parecen relevantes sobre el placer de leer literatura.

En primer lugar, nos referiremos a la Antigüedad clásica. En la *Poética* (siglo IV a. n. e.), obra que podemos considerar como el primer tratado de teoría literaria y de estética, Aristóteles dice que los humanos nos diferenciamos de los animales porque desde pequeños imitamos. La acción de imitar ha conducido a formar la literatura. Esta acción es muy placentera porque nos permite aprender, como escritores o como lectores. Ahora bien, imitar es algo más que copiar: se trata de un trabajo de creación a partir de la experiencia en el mundo real; y esta creación, en el caso de la literatura, se realiza con el lenguaje verbal, empleado



Aristóteles.

con elocuencia. Aristóteles plantea que si bien estar en contacto con cosas reales (por ejemplo, con un cadáver o una fiera) puede causarnos horror, cuando nos exponemos a ellas a través de imitaciones (ya sea en la pintura, la literatura, la danza), las disfrutamos, porque esta exposición nos motiva a intentar identificar lo imitado con lo que conocemos en el mundo real; es decir, promueve nuestro aprendizaje. Ahora bien, lo que se imita, de acuerdo con Aristóteles, son las acciones, por lo que la fuente del placer radica precisamente en comprender qué ocurre y por qué, a partir de una secuencia de acciones y, por lo tanto, de una trama. Si el placer no proviene de esto, puede también producirse por algunos aspectos de la obra: la forma, el color, la composición o las figuras retóricas, como las metáforas y las analogías. Así, para Aristóteles, el placer de leer literatura consiste en la respuesta de los lectores frente a aquello que se les presenta, al relacionarlo con su mundo y comprenderlo mejor o de manera distinta.

En segundo lugar, nos referiremos a lo sublime y a lo bello. La primera doctrina poética (o estudio sobre literatura) y *cuasi* estética de lo sublime, que se atribuye al crítico Pseudo-Longino (siglo I), explora la respuesta de los receptores frente a la grandeza de algo: la naturaleza o una expresión literaria, lograda mediante recursos literarios. Las ideas han cambiado a lo largo de la historia, por lo que conviene centrarnos en un autor. En este caso, lo haremos en el irlandés Edmund Burke (siglo XVIII), quien habló de lo sublime y de lo bello como categorías estéticas y no sólo como recursos literarios. El objetivo de este filósofo fue intentar distinguir dos formas de provocar placer en los receptores de arte. Lo bello funda el placer en el apego o el amor, y es provocado por cosas pequeñas, delicadas, con variaciones graduales; mientras que la base del placer de lo sublime es el terror, causado por objetos de la realidad, como grandes magnitudes, poderes muy amplios, abismos, soledad, oscuridad. Así, todo lo que de algún modo es terrible, incluida la muerte, es fuente de lo sublime, produce la emoción más fuerte que podemos sentir: dolor o peligro. Ahora bien, este terror es placentero “a ciertas distancias y con modificaciones”, es decir, cuando no experimentamos dolor o peligro de manera directa. Para Burke, el placer de leer literatura



Edmund Burke.

se relaciona no sólo con lo que causa simpatía, sino también con lo que provoca terror en los lectores.

En tercero y último lugar, hablaremos sucintamente de dos propuestas contemporáneas sobre la manera en que la literatura provoca placer. La primera deriva de la idea de Roland Barthes de que el placer de leer proviene de ciertas rupturas provocadas por el choque entre los usos canónicos de la lengua y el cuestionamiento de estos usos. La fisura misma provoca placer. La segunda se relaciona con la fenomenología y la hermenéutica. La idea general consiste en proponer que los textos son abiertos y que quien recibe el código no es un lector pasivo. El sentido del texto se constituye cuando el acto de lectura es resultado de la relación entre la intención del texto y la del lector. El texto fue escrito en un horizonte cultural y el lector lee desde su propio horizonte. La fusión de estos horizontes permite a los lectores comprender e interpretar, lo que implica una respuesta estética.

En esta segunda línea he desarrollado ya varios trabajos teóricos y críticos para proponer una aproximación al estudio de los personajes literarios, no sólo formalmente, sino también en términos de configuraciones de sentido a partir de emociones resueltas en ac-

ciones, que al ser leídas ofrecen a los lectores la ocasión de descubrir sus experiencias, por afirmación o por negación, por relación de sucesos o por deconstrucción, a manera de narraciones de sí mismos, poco conocidas. El placer consiste en que el lector lee algo de sí mismo en el mundo que le permite comprenderse de manera diferente.

Angélica Tornero es profesora investigadora de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos y profesora de la Universidad Nacional Autónoma de México, en donde obtuvo el doctorado en Literatura Iberoamericana y el doctorado en Filosofía. Ha dirigido proyectos de investigación y pertenece al Sistema Nacional de Investigadores. Ha publicado los libros: *Hacia una hermenéutica crítica. Th. W. Adorno y Paul Ricoeur*; *El personaje literario: historia y borradura*; *El mal en la narrativa de Inés Arredondo*; *La letra rota*; *Las maneras del delirio. Las poéticas de David Huerta y Francisco Hernández*. Están en prensa los libros: *Literaturas, identidades, reconstrucciones: políticas y poéticas* y *Las mediaciones en la construcción del mundo. Literatura, cine, internet*. Ha publicado más de 60 artículos de investigación.

atorneros@prodigy.net.mx

Lecturas recomendadas

- Aristóteles (1974), "Poética", en Valentín García Yebra, *Poética de Aristóteles*, edición trilingüe, Madrid, Gredos.
- Barthes, Roland (1974), *El placer del texto*, México, Siglo XXI.
- Burke, Edmund (2005), *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y lo bello*, Madrid, Alianza Editorial.
- Foucault, Michel (1996), *De lenguaje y literatura*, Barcelona, Paidós.
- Jauss, Hans-Robert (1986), *Experiencia estética y hermenéutica*, Madrid, Taurus.
- Nussbaum, Martha (2008), *Paisajes del pensamiento. La inteligencia de las emociones*, Barcelona, Paidós.
- Ricoeur, Paul (1995), *Tiempo y narración* (3 vols.), México, Siglo XXI.
- Ricoeur, Paul (1996), *Sí mismo como otro*, México, Siglo XXI.
- Tornero, Angélica (2011), *El personaje literario, historia y borradura. Consideraciones teórico-metodológicas para el estudio de la identidad de los personajes en las obras literarias*, México, M. A. Porrúa.